

Perú y Ecuador: un Destino ⁶¹¹

por *Sebastián Salazar Bondy*

La presencia en Lima de un grupo de intelectuales ecuatorianos, que ha traído consigo una exposición del arte y la cultura de aquel vecino país, constituye un suceso de fraternidad cuya importancia es preciso señalar puntualmente. Ante todo, esta presentación del Ecuador en el Perú, con ocasión de la efemérides que celebra la independencia de la nación norteña, renueva lazos que la historia estableció desde tiempos remotos y que la geografía impone inexorablemente. Por sobre las peripecias de una relación que no ha sido siempre amistosa, hay imperativos insalvables que disponen la solidaridad de los dos pueblos. Por sobre la comunidad de hechos, razas, territorios, etc., está la unidad de destino que todos los países de nuestro continente — y con más razón aquellos que coexisten a uno y otro lado de la frontera — tienen como meta y deben proponerse, por ende, como última finalidad de su existencia. Perú y Ecuador son palabras que designan, en el fondo, la misma vocación. Ambos nombres surgen de semejante origen y apelan a un idéntico porvenir.

Y esto está dicho en esta columna muy lejos del ánimo obsequioso y gentil. No es una declaración lírica, destinada a acoger al huésped con el formal gesto del anfitrión. El futuro se nos hurtará, a peruanos y ecuatorianos, si no convenimos claramente, con toda llaneza, franqueando al fin nuestro corazón, cómo hemos de vivir en adelante y cómo, en consecuencia, daremos cabida en una sola acción a todo aquello que a nuestra diversidad atañe. Se trata, por encima de cualquier otra consideración, de compartir ese conjunto de posibilidades que para el quehacer mancomunado se nos ofrecen simultáneamente. Y si tenemos memoria de acontecimientos recientes, que nos hieren o nos dañan, podemos anteponerle esa otra memoria, más antigua y decisiva, que reposa latente en la similitud de personalidad y proyección de los dos países. El pasado es largo, pero el mañana no tiene confín. Tenemos que crearlo.

Porque la vida de los pueblos, de las colectividades, exac-

tamente como la de los individuos, es una elección. Cada nación, como cada persona, escribe una historia, entreteje un lienzo, levanta un monumento, y esa obra será conforme los propósitos que hallan presidido los actos que la generaron: perdurable o pasajera, trascendental o vacua. Peruanos y ecuatorianos no podremos nunca borrar esa huella eterna si, en vez de entregarnos al destino superior que nos reclama, nos reducimos a repasar una y mil veces los pequeños infortunios del momento. ¿Y cuáles son los temas de ese destino superior? Esencialmente y primero, el bienestar humano y todo lo que con él se relaciona: educación, salud, trabajo, espiritualidad, paz. Juntos podemos conseguir todo ello, y tal vez más, a un corto plazo. Separados, mortificándonos, no sólo no nos acercaremos a dicho objetivo, sino que lo apartaremos o escamotearemos desdichadamente.

Somos inevitablemente semejantes. En la labor del artesano precolombino ecuatoriano los peruanos descubrimos la misma mano de los artífices de Nazca, de Paracas, de Chavín. En la pintura de Quito vibra el mismo espíritu que descubrimos en las telas del Cuzco. Montalvo nos recuerda la elocuencia de González Prada y en Icaza resueñan los mismos ecos que colman la páginas de Alegría. En Guayasamín el propósito creador es el mismo que en Vinatea Reinoso. El pasillo y el vals criollo cantan los mismos sentimientos populares, y en un poncho ayacuchano los colores parecen proceder de la misma inspiración que mueve los telares de Otavalo. El Ande tiene el mismo perfil en el Chimborazo y en el Huascarán, y el mar que mezcla sus aguas con las del Guayas tiene el mismo color y el mismo sabor que el que recibe la corriente del Rímac. La lengua que se habla en las riberas del Urubamba se repite en Loja, y el cóndor, ave totémica, reina en las cumbres de Pichincha y Junín. La presencia de los intelectuales ecuatorianos en Lima y la de sus obras de arte en nuestro museo son la afirmación contemporánea de un inmemorial parentesco, cuya vigencia nada ni nadie podrá romper.